

Los estudios poscoloniales y la historiografía colonial latinoamericana. Retos para una nueva conciencia de la colonización

Diana Roselly Pérez Gerardo
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Mucho ha cambiado desde que en 1959 Miguel León Portilla revolucionara, con la publicación de la *Visión de los vencidos*, la vieja y reiterada certeza de que los indios americanos, al ser derrotados, perdían en definitiva la posibilidad de rescatar del olvido y asentar en los anales su versión de la historia. En ese momento, la sola idea de rescatar la voz de los vencidos aparecía como una crítica contundente a las conservadoras y rancias nociones que habían condenado a sociedades como las americanas a ser “pueblos sin historia”. A su vez, al preguntar “¿Qué pensaron los hombres del Nuevo Mundo al ver llegar a sus costas y pueblos a los descubridores y conquistadores?”¹ León-Portilla atisbaba la necesidad de concebir a los indios como sujetos y agentes de la historia y no como los inertes e impotentes objetos de la invasión y la dominación colonial. Pero, al mismo tiempo, al preguntar “¿Cómo valoraron su propia derrota?” el autor confirmaba la imagen que los propios colonizadores habían fijado sobre los indios y que los regímenes nacionales habían reafirmado: que éstos habían sido vencidos de una vez y para siempre.²

¹ LEÓN-PORTILLA, Miguel (compilación, introducción y notas), *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, Versión de textos nahuas de Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla, Ilustraciones de Alberto Beltrán, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario, 81, México, 18ª ed., 2000 [1ª ed. 1959], p. IX.

² Nathan Watchel había hecho un intento de replicar la misma idea para los Andes, aunque sin seguir propiamente el planteamiento de León-Portilla sino bajo una propuesta multidisciplinar y más particularmente proponía la colaboración entre la historia y le etnografía. WATCHEL,

Veinticinco años después, en 1984, Silvia Rivera Cusicanqui publicó en Bolivia una historia sobre las luchas del campesinado andino entre 1900 y 1980 que llevó por título *Oprimidos pero no vencidos*.³ En él se condensaba una nueva perspectiva para los pueblos aymara y quechua, una en la que se refutaba la condena a ser concebidos y tratados como vencidos; se reconocía en su lugar la opresión pero se negaba a aceptar la derrota. La autora destacó, entre la compleja explicación histórica tejida a lo largo del libro, la importancia y la continuidad de la resistencia indígena en diferentes épocas y con estrategias diversas: desde la lucha armada y la simbólica rebelión de Tupaj Katari en el siglo XVIII hasta las formas legales usadas por los caciques apoderados en los siglos XIX y XX. De este modo se abría el horizonte hacia las luchas de liberación de los pueblos indígenas americanos que buscaban en su propia historia las huellas de una resistencia que, a pesar de los altibajos y de los largos ciclos de acatamiento, había sido continua y tenaz.

El margen entre ambas posturas responde a las necesidades propias de cada contexto; diferencias tanto temporales como regionales inciden en las perspectivas de los autores. Sirva entonces este ejemplo para plantear que las maneras en las que hemos comprendido el periodo colonial están en estrecha e inherente relación con los intereses y exigencias de la época vivida: desde aquellos que en el siglo XIX, independientemente de su filiación liberal o conservadora, leyeron las obras coloniales bajo la crítica objetivista que busca-

Nathan, *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la Conquista española (1530-1570)*, traducción de Antonio Escohotado, Alianza Editorial, Madrid, 1976.

³ RIVERA CUSICANQUI, Silvia, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechua de Bolivia, 1900-1980*, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, Ginebra, 2ª ed. 1986. [1ª ed. Hisbol-Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia CSUTCB, Serie Movimientos Sociales, 2, La Paz, 1984].

ba en ellas verdades y descalificaba a múltiples obras ya sea bajo falsas acusaciones de plagio o por reproches a las exageraciones, idealizaciones e imprecisiones cronológicas; hasta quienes, a finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, consideramos que es indispensable liberar nuestra lectura de la historiografía colonial del esquema nacido de las entrañas ideológicas del imperialismo español y de los juicios que les imprimieron los programas nacionalistas de cada país. Sin embargo, los intentos que se han hecho recientemente han sido desiguales tanto por sus objetivos como por la metodología aplicada y en gran medida por las lógicas que impone una especie de colonialismo académico que concede privilegios en tanto la producción de sentido a quienes escriben y publican desde los centros académicos de primer mundo, particularmente desde las universidades estadounidenses.

La apremiante realidad actual nos convoca a la reinterpretación de la historiografía colonial, a releer las obras que dejaron asentado el complejo proceso de comprensión de un Nuevo Mundo, tanto de su naturaleza física como de la moral de sus habitantes. La tarea de resignificar un extenso y complejo *corpus* de obras escritas entre los siglos XVI y XVIII debe hacerse a la luz de los problemas que nos aquejan, aquellos que nos interpelan de manera directa y así encontrar lo que de fundamental contienen esas obras para nosotros. Por ello propongo hacer en primera instancia un recuento de cuáles han sido las necesidades que en las últimas décadas han determinado los senderos hermenéuticos de la historiografía colonial y de los estudios literarios que se han ocupado de estas obras. Después, propongo apuntar los principales problemas que sobresalen de algunas propuestas hechas desde las perspectivas poscoloniales, los estudios culturales y la crítica literaria, entre los que se encuentran: las dinámicas académicas y editoriales promovidas desde las universidades estadounidenses; la generación de una terminología profusa, que no siempre implica novedades o rupturas claras con

respecto a las anteriores; el planteamiento constante de dicotomías insuperables y el esencialismo subyacente a sus concepciones sobre lo indígena y lo europeo. Finalmente intentaré recuperar lo que se puede rescatar de la perspectiva historiográfica particularmente desarrollada en México desde los años cuarenta del siglo XX para la comprensión de la historiografía novohispana a la luz de la crisis actual.

Las nuevas necesidades

En los últimos treinta años, el mundo se ha reconfigurado radicalmente y, con ello, nuevas expectativas se han generado; otras exigencias rigen el quehacer historiográfico: las fronteras entre disciplinas tienden a atenuarse y qué decir de las fronteras nacionales; los problemas se han globalizado y la demanda de posibles respuestas también. Por todo esto, diferentes disciplinas, academias y también modas intelectuales han retomado el análisis de las obras coloniales en busca de respuestas y se ha abrevado, en cada caso de tradiciones de comprensión distintas. En México, y en específico en la Universidad Nacional Autónoma de México, se ha continuado, con sus respectivas modificaciones y adiciones, la escuela historiográfica consolidada por Edmundo O’Gorman en la década de los cuarenta del siglo XX que pugnaba por la comprensión de las obras historiográficas como hechos históricos en sí mismos y por ende sujetos a explicación histórica;⁴ mientras que en otras partes de América Latina y sobre todo

⁴ Escuela que a su vez recibió la influencia directa del historicismo vitalista y existencialista que los transterrados españoles germinaron con su prolífico quehacer académico en México; O’Gorman abrevó particularmente del pensamiento de José Ortega y Gasset, vía José Gaos y Ramón Iglesia. MATUTE, Álvaro (comp.), *El historicismo en México. Historia y antología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2002, p. 9.

desde las universidades estadounidenses se han propuesto recientemente perspectivas desde los estudios literarios y bajo el enfoque postcolonial para acercarse a las obras coloniales.

Si los ochentas del siglo pasado atestiguaron el fin de un mundo polarizado y con ello el predominio universal del capitalismo que al conceder todo el poder a los mercados implicaba una nueva configuración geopolítica, los noventas se inauguraron de cara al Quinto Centenario del llamado “Descubrimiento de América”. Desde las propuestas que intentaban neutralizar la versión más violenta y avasallante de la Conquista, hasta quienes se empeñaron en recuperar para la memoria el genocidio y la tragedia que significó dicha invasión para los pueblos americanos, la pugna por la denominación y por el sentido de dicho acontecimiento fue intensa. Encuentro o choque de dos mundos; celebración o duelo; en el nombre se jugaba una postura política. Los pueblos indios de América recuperaban para sí mismos el vocablo que los unificó como sojuzgados, colonizados y vencidos; como indios fueron oprimidos y como indios retomaban sus procesos de liberación. América Latina comenzaba, después de las terribles dictaduras de los setenta y de las grandes crisis económicas su reconfiguración; y en ella estarían los pueblos indígenas. Los movimientos indígenas, todavía sin mucha visibilidad en la esfera pública, comenzaron a preguntar por su historia, por sus héroes, por sus batallas, las ganadas y las perdidas.

Bajo las demandas de generar una nueva conciencia de la colonización y de proponer nuevas vías para la liberación, se exigió al quehacer académico en general y al historiográfico en particular, pistas, claves y pruebas que cimentaran la histórica resistencia. Estos movimientos requirieron buscar y encontrar historiadores indios que pudiesen haber dado cuenta de la historia indígena y que de algún modo contravinieran a la historiografía hecha por los colonizadores, en la cual la población originaria americana figuraba, en la inten-

ción del narrador, como inevitablemente sometida y sojuzgada. Se insistió entonces en hacer una historia distinta a la de los vencedores, en rescatar a aquellos autores que hubiesen hecho críticas frontales al orden colonial. La necesidad de una nueva versión de la historia convocó a recuperar e interpretar, bajo la nueva óptica, las obras escritas por indígenas o por descendientes de indígenas. Por ello, en este trabajo intentaré dar cuenta de lo que se ha dicho de ellas.

Por otra parte, la necesidad de pensar las formas de liberación de los pueblos indios llevó a buscar las claves de la colonización americana de los siglos XVI al XVIII en escritores como Edward Said y el grupo de Estudios Subalternos de la India. Se dieron diversos resultados, algunos de ellos, no sin cierto anacronismo, llegaron a equiparar la colonización de América, con todo y sus consecuencias específicas, con aquellas del XIX en Asia y África, cuyos relativamente recientes procesos de liberación habían dado pie a esas interpretaciones.⁵

Una directriz más se sumó a la necesidad de romper con los esquemas tradicionales de pensamiento colonialista: la crítica directa a los usos políticos que se habían dado a ciertas obras y autores coloniales. En regiones como Perú, la urgencia por contravenir la historia oficializada por el proyecto criollo de nación iba de la mano con cuestionamientos a aquellos proyectos nacionales que habían fundamentado su legitimidad en la idea de la asimilación del indio a la cultura hegemónica. La tradición peruana que encontró en el Inca

⁵ Este sería el caso del trabajo: VELAZCO, Salvador, *Visiones de Anáhuac. Reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alba Ixtlilxóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2003. Ese anacronismo en la obra de Velazco se criticó fuertemente en la reseña: GAYOL, Víctor, “Nepantla dos mundos”, *Takwá*, núm 8, Otoño 2005, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, División de Estudios Históricos y Humanos, pp. 181-187.

Garcilaso de la Vega a su más emblemático prócer, como mestizo y piedra fundamental de la nacionalidad peruana, se enfrentó, a finales del siglo XX, a una crítica que ya no veía el mestizaje como la síntesis armónica entre las dos tradiciones irreconciliables que fragmentaban al país: la india y la de origen europeo. Esa perspectiva, que había sido particularmente reiterada por los hispanistas,⁶ perdía su hegemonía interpretativa; se intentó entonces sustituir el clásico término del mestizaje con múltiples neologismos con la intención de destacar el papel mediador (y no de fusión armónica) de las raigambres de sujetos como Garcilaso. La visión que mantenía la idea conciliadora, encontró respuestas contrarias en gente como José Antonio Mazzotti quien consideró “aberrante” hablar de Garcilaso como un adelantado de la identidad peruana y propuso en su lugar “una lectura alternativa” para encontrar en la obra del Inca aquellas voces corales indígenas que se distinguen del formato y demás elementos de origen europeo.⁷

La búsqueda de los primeros gritos contra la opresión colonial y de héroes precursores de las luchas indígenas recientes se cruzó además con la búsqueda los antecedentes y orígenes de la tradición literaria latinoamericana. Una tradición que desde mediados del siglo XX había sido reconocida y premiada por todo el mundo, cuyos autores gozaban de fama y cuyas obras se habían traducido a muchos

⁶ Durante la primera mitad del siglo XX se desarrolló en el Perú la discusión entre los indigenistas y los llamados hispanistas, quienes orgullosamente reivindicaban la contribución española a la realidad social y cultural peruana. Entre los más autores más representativos de la pugna están por el lado de los hispanistas José de la Riva Agüero y de los indigenistas José María Arguedas.

⁷ MAZZOTTI, José Antonio, *Coros indios y mestizos del Inca Garcilaso. Resonancias andinas*, Fondo de Cultura Económica / Bolsa de Valores de Lima / Otorongo Producciones, Lima, 1996.

idiomas: Borges, Neruda, Paz, Fuentes, Carpentier, Vargas Llosa, Asturias, Arguedas, Roa Bastos, García Márquez y tantos otros. El esplendor de esa literatura, que además se reconocía como latinoamericana, debía tener profundas raíces. Por ello, los críticos literarios se volcaron hacia las obras coloniales con miras a destacar no su validez o su sentido histórico sino la forma y el peculiar uso del lenguaje que hay en ellas, y en particular hacía la búsqueda de los antecedentes y de los pilares fundacionales de esa tradición literaria subcontinental.⁸

Fue ahí donde la historia de la literatura se encontró con la historia de la historia o historiografía. Historia y literatura siempre han ido de la mano, aunque las disciplinas y los cánones modernos quisieron distinguirlas una de otra, sin mucho éxito, pues ellas no sólo comparten intereses y formas sino frecuentemente obras y autores. Pero el rastreo de los orígenes de la tradición literaria latinoamericana se encontró con textos difíciles de discernir: escritos en formatos atípicos, manuscritos perdidos, bilingüismo, versiones ennoblecidas de la historia de ciertos pueblos, textos sin autoría. Desde sus orillas la historiografía y la crítica literaria se habían acercado a ellas, y en el encuentro de sus perspectivas se encontraron nuevas posibilidades hermenéuticas, aunque

⁸ Raquel Chang-Rodríguez afirma que las crónicas de Indias contienen las semillas de la actual narrativa hispanoamericana; tanto por su carácter fundacional como porque los autores, indios y mestizos, son “los primeros transculturizadores” en el continente. Cf. CHANG-RODRÍGUEZ, Raquel, *La apropiación del signo. Tres cronistas indígenas del Perú*, Arizona State University, Center for Latin American Studies, Tempe, 1988. Por su parte, Lienhard critica la perspectiva ofrecida en la *Visión de los vencidos* de León-Portilla y dice que los testimonios ahí recopilados no deben ser contemplados sólo como “el último destello de la capacidad de expresión poética de los autóctonos” sino como “los textos inaugurales de una literatura colonial escrita”. LIENHARD, Martin, *La voz y su huella. Estructura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)*, Ediciones Casa Juan Pablos / Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 4ª ed. 2003, p. 16.

cada una de ellas estableció sus prioridades y siguió sus trabajos en sus respectivos ámbitos. En términos continentales, los enfoques literarios ganaron más terreno y recuperaron, aunque no siempre de manera explícita, algunos de los fundamentos de la tradición clásica historiográfica.⁹

A los estudios literarios se sumaron además criterios antropológicos utilizados previamente en la explicación de la novela hispanoamericana, como el de “transculturización”, propuesto por Fernando Ortiz bajo la impronta de la escuela funcionalista antropológica de Malinowsky.¹⁰ El mismo concepto fue criticado y trabajado por Ángel Rama, su contribución apostaba por la “plasticidad cultural”, mecanismo que, a su parecer, permite a una cultura, aún en circunstancias históricas difíciles, seleccionar los rasgos que adopta de otra cultura, y con ellos elaborar con originalidad; destacaba

⁹ Le llamo tradición clásica historiográfica a los trabajos que, desde la década de los treinta y cuarenta del siglo XX y bajo diferentes escuelas, se ocuparon de las crónicas coloniales. De los autores destaco a Marcel Bataillon, Guillermo Arnaud, Manuel Ballesteros Gaibrois, Emilio Choy, José Durand, Ramón Iglesia, José Imbelloni, Irving Leonard, Roberto Levillier, Guillermo Lohmann Villena, Miguel Maticorena, Philip Means, Aurelio Miró Quesada, Abraham Padilla Bendezú, José de la Riva Agüero, Raúl Porras Barrenechea, Wigberto Jiménez Moreno, Carmelo Sáenz de Santa María, Luis E. Varcárcel, José Varallanos, Juan Ortega y Medina, Robert Barlow, Lewis Hanke, Ignacio Rubio Mañé, Ángel María Garibay, Miguel León-Portilla, Paul Kirchhoff, y Edmundo O’Gorman.

¹⁰ “Entendemos que el vocablo transculturación expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana *acculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial desculturación, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse neoculturación”, ORTIZ, Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar, Prólogo y cronología Julio Le Riverend, Biblioteca Ayacucho*, 42, Caracas, p. 86.

así el cariz de sociedades vivas y creadoras.¹¹ Bajo la misma tendencia encontramos la noción de “hibridación” presentada por Néstor García Canclini cuya propuesta fue criticada, entre otras cosas, por usar términos como mestizaje, sincretismo, hibridación, heterogeneidad, sin una separación metodológica estricta.¹²

También se aplicaron nociones utilizadas en la historia de la literatura latinoamericana como el de “heterogeneidad”, producido por Cornejo Polar “para dar razón de los *procesos de producción* de literaturas en las que se intersectan conflictivamente dos o más universos socioculturales, de manera especial el indigenismo”.¹³ Otro estudio de esta naturaleza es el de Martin Lienhard, que habla de “literaturas alternativas”, noción de la que nos ocuparemos más adelante, puesto que de todos los enunciados es el que más sistemáticamente aplica una noción a la historiografía colonial latinoamericana.

Cabe destacar que todas estas aproximaciones recientes se cruzan entre ellas y no se trata de escuelas bien diferenciadas. Muchos de quienes trabajan las obras coloniales en Estados Unidos lo hacen desde la literatura, la antropología y no desde la historia o la historiografía; tienen además influencias de los Estudios Culturales, particularmente del

¹¹ Rama considera que la propuesta de Ortiz asume que la cultura propia, tradicional, es una entidad pasiva que recibe el impacto externo y que es la destinada a sufrir las mayores pérdidas. RAMA, Ángel, *Transculturación narrativa en América Latina*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1982, p. 40-45.

¹² GARCÍA CANCLINI, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Random House Mondadori, Debolsillo, México, 2009.

¹³ A su vez, Cornejo Polar criticó la noción de transculturación al destacar no la síntesis que fundamenta las nociones tanto de mestizaje como las de transculturación sino el conflicto. Usa el concepto de heterogeneidad. CORNEJO POLAR, Antonio, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*, Prólogo de Mabel Moraña, Bibliografía de Jesús Díaz Caballero, *Obras Completas de Antonio Cornejo Polar*, Volumen III, Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar”, Latinoamericana Editores, Lima, 2ª ed. 2003, p.10.

grupo de Estudios Subalternos y participan del llamado “giro decolonial latinoamericano”;¹⁴ sus preocupaciones giran en torno a la globalización, la multiculturalidad, la diversidad cultural, el “descentramiento hermenéutico”,¹⁵ el “pluriversalismo”,¹⁶ la subalternidad, la modernidad/colonialidad, y “transmodernidad”¹⁷ entre otros. Asimismo, estas corrientes de interpretación han encontrado buena recepción en América Latina y han reproducido este tipo de enfoques que privilegian el uso de nuevas categorías, aunque en varios sentidos no difieran mucho de perspectivas que les anteceden.

¹⁴ El nombre fue desarrollado originalmente por el filósofo puertorriqueño Nelson Maldonado-Torres hacia 2006 y que, según Santiago Castro-Gómez, “complementa la categoría ‘descolonización’, utilizada por las ciencias sociales de finales del siglo XX”, en CASTRO-GÓMEZ, Santiago y Ramón GROSFOGUEL (comps.), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Siglo del Hombre Editores / Universidad. Central-IESCO Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos / Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar, Bogotá, 2007, p. 9.

¹⁵ HERLINGHAUS, Hermann, *Modernidad heterogénea. Descentramientos hermenéuticos desde la comunicación en América Latina*, Ediciones del CIPOST, Centro de Investigaciones Post Doctorales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2000.

¹⁶ Concepto usado en GROSFOGUEL, Ramón, “Hacia un pluriversalismo transmoderno decolonial”, *Tabula Rasa*, núm. 9, julio-diciembre 2008, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, Bogotá, pp. 199-215.

¹⁷ Rosa María Rodríguez Magda acuñó, hacia finales de los ochenta, el término Transmodernidad como una tríada dialéctica entre Modernidad-Postmodernidad-Transmodernidad, siendo esta última tanto una continuación como una superación de la Postmodernidad. Enrique Dussel plantea la Transmodernidad como un proyecto utópico que es transversal a la Modernidad/Postmodernidad. AHUMADA INFANTE, Aldo, “Transmodernidad: dos proyectos disímiles bajo un mismo concepto”, *Polis. Revista Latinoamericana*, núm. 34, 2013, Universidad de los Lagos, Centro de Estudios del Desarrollo Regional y Políticas Públicas – CEDER, Osorno, Chile. Puede consultarse en: <http://polis.revues.org/8882>

Nuevos problemas y viejos vicios

Las épocas de crisis, dijo O’Gorman, presentan, dadas las exigencias de los nuevos tiempos, el “espectáculo de la lucha violenta entre unas creencias que constituyen la tradición inmediata y otras creencias que forman el nuevo programa”.¹⁸ Sin embargo, en el caso de la historiografía colonial las nuevas propuestas y andamiajes teóricos no terminaron por romper con los paradigmas establecidos sino que abrevaron de sus supuestos y presentaron como novedad algunos de sus postulados bajo terminologías distintas.

Por su parte, René Zavaleta proponía las crisis como método de conocimiento y como parte de los “momentos constitutivos” de una sociedad, en los que la comprensión de la complejidad se ve obligada a conceder la primacía de la historia local sobre la mundial para así poder privilegiar la estrategia y la acción revolucionaria.¹⁹ El contexto de finales del siglo XX planteó una encrucijada que requería buscar paradigmas que escaparan a la reiterada adopción de modelos extraños para explicar las realidades propias y mientras, por un lado, los movimientos de liberación indígenas reclamaban el derecho a hacer su propia historia, por otro, los estudios de carácter reivindicativo de las tradiciones indígenas, originarias y locales se desarrollaron con mayores ecos desde los centros universitarios norteamericanos, mismos que en muchos casos ignoraron, de manera consciente o inconsciente, relevantes discusiones que durante décadas se habían llevado a cabo en las academias locales latinoamericanas.

¹⁸ O’GORMAN, Edmundo, “Consideraciones sobre la verdad en historia”, en O’GORMAN, Edmundo, *Ensayos de filosofía de la Historia*, Selección y presentación de Álvaro Matute, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2007, p. 13. Este artículo fue publicado por primera vez en 1945 en la revista *Filosofía y Letras* de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹⁹ ZAVALETA MERCADO, René, *El poder dual. Problemas de la teoría del estado en América Latina*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1974, p. 39.

Un ejemplo claro de la lógica de producción de sentido desde Estados Unidos es el trabajo de Walter Mignolo, semiólogo de origen argentino y naturalizado estadounidense, que estudió en la Escuela de Altos Estudios de París y que actualmente es profesor en la Universidad de Duke en Carolina del Norte. Sus obras, en general, son editadas en inglés por universidades estadounidenses, las cuales gozan en sí mismas de canales de distribución mucho más amplios que los de las universidades latinoamericanas cuyos tirajes son modestos y tienen poca o nula distribución. A esto hay que añadir que las obras de Mignolo gozan de traducciones al español y a otros tantos idiomas como el rumano que, en lapsos de dos años, pueden estar traducidas y circulando alrededor del mundo.²⁰ En el caso del español, las editoriales con las que trabaja, Gedisa y Akal, gozan de excelente distribución en librerías.²¹ Estas prerrogativas del ciclo de publicación tienen, por supuesto, dos consecuencias directas: el precio final del libro, considerablemente mayor que el promedio de las ediciones universitarias locales, y la garantizada circulación de la obra en toda América Latina.

La lógica editorial, en sí misma, no explica el vicio más recurrente de nuestras academias, pues históricamente he-

²⁰ Es el caso de *Desobediencia epistémica. Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Escrito originalmente en inglés y traducido al español, alemán, francés, sueco y rumano.

²¹ Por ejemplo: MIGNOLO, Walter, *The idea of Latin America*, Blackwell Publishing, 2005 fue traducida y publicada en sólo dos años: MIGNOLO, Walter, *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Traducción de Silvia Jawerbaum y Julieta Barba, Gedisa, Barcelona, 2007. Plazo semejante transcurrió para la publicación en español de MIGNOLO, Walter, *Local Histories / Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinkin*, Princeton University Press, Princeton Studies in Culture/Power/History, 2000, publicado tres años después en castellano: MIGNOLO, Walter, por Akal, en 2003 de *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, traducción de Juanmari Madariaga y Cristina Vega Solís, Ediciones Akal, Madrid, 2003.

mos aprendido a trabajar con limitados recursos pero no hemos dejado atrás el hábito de importar los modelos explicativos para nuestras realidades. Es decir, el éxito editorial de los autores poscoloniales se debe también a la frecuente recepción acrítica y más bien por moda intelectual que se hace de ellos en nuestras academias. Se recupera como propia la invitación de quienes, desde la comodidad de los centros de producción de sentido *gringos*, convocan a pensar bajo esquemas propios, a privilegiar las condiciones específicas de cada una de las regiones y a descolonizar nuestro pensamiento. Paralelamente, mientras se abrazan estas líneas de interpretación hay múltiples contratiempos para acceder a la producción de los colegas latinoamericanos que trabajan bajo los condicionamientos y desventajas de nuestras universidades públicas; y si bien el problema se ha atenuado por medio de los recursos electrónicos no se ha zanjado del todo. Tampoco deja de ser paradójico que la perspectiva poscolonial que, sin duda, aglutina a intelectuales comprometidos con las causas justas, reproduzca a través de sus propias prácticas una suerte de colonialidad académica.

Silvia Rivera hizo una crítica incisiva a “los Mignolo y compañía”²² y a las prácticas académicas estadounidenses. En principio argumenta que, mientras reparten becas y reconocimiento a ciertas figuras como “Quijano, Mignolo, Walsh, Dussel o Sanjinés”, se generan “nuevos gurús” y jerarquías intelectuales a nivel continental. Así, estos autores abrevan de las discusiones locales mediante la “incorporación selectiva de ideas”²³ para alimentar los nuevos cánones del discurso científico social, de modo que son ellos quienes al apropiarse de las ideas ajenas terminan certificándolas.

²² RIVERA CUSICANQUI, Silvia, *Ch'hixinakax utxiva. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*, Tinta Limón / Retazos, Buenos Aires, 2010, p.5.

²³ *Ibidem*, p. 10.

Rivera hace, en 2010, una acusación puntual y personal: Mignolo publicó, en 2002, un texto en el que elogia las ideas del “potencial epistemológico de la historia oral” que Rivera enunció cuando el Taller de Historia Oral Andina, que ella fundó en Bolivia con estudiantes universitarios aymaras, comenzaba sus actividades.²⁴ Pero, según su testimonio, en este texto que se suponía laudatorio al trabajo de Rivera, Mignolo “regurgitaba [las ideas] enredadas en un discurso de la alteridad profundamente despolitizado”.²⁵ Esta afirmación condensa el reproche más contundente en torno a la despolitización que desde la academia estadounidense se hace de esas ideas, y que resulta en un “multiculturalismo teórico, racializado y exotizante”.²⁶ Es decir, se construye un discurso de la alteridad que al ser legitimado, reproducido insistentemente por estos autores es privado de su potencial político, entre otros factores, porque ha sido extraído del contexto que, en principio, le dio lugar.²⁷

Recupero la crítica de Rivera, con la intención de hacer énfasis en que las nuevas necesidades han logrado poco para romper con los viejos vicios; antes bien los han reproducido.

²⁴ MIGNOLO, Walter, “El potencial epistemológico de la historia oral: algunas contribuciones de Silvia Rivera Cusicanqui”, en MATO, Daniel (coord.), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2002, pp. 201-212.

²⁵ RIVERA CUSICANQUI, *Ch'bxinakax utx'iva*, 2010, p. 8. Rivera también le reclama el haber tomado un texto, escrito a finales de los ochenta, sin tomar en cuenta la reelaboración que de esa idea ella misma había hecho en los siguientes diez años.

²⁶ *Ibíd.*, p. 8-9.

²⁷ Las formas en que se fragua la despolitización del conocimiento producido por los actores de los movimientos de liberación son complejas y variadas de acuerdo a los contextos regionales y nacionales, por lo que en este trabajo no insistiré en ellos. Sin embargo, no va de más mantener en el horizonte las posibles consecuencias de normalizar y convertir en canon las ideas surgidas de la militancia y de la participación política libertaria.

A propósito de la denuncia de Rivera desglosa dos prácticas concretas: a) los métodos de expiación de la culpa que invade a los círculos académicos poscoloniales y, b) la apropiación de ideas ajenas que, aunque disimulada, poco se distingue de un plagio.

En el primer rubro encontramos que la apropiación selectiva de intelectuales se hace desde Estados Unidos, por medio de invitaciones y becas otorgadas a indígenas y afrodescendientes que fungen como sustento de legitimidad del discurso culturalista norteamericano; pues si bien muchos de los autores que se asumen dentro del proyecto modernidad / colonialidad son latinoamericanos, no pertenecen a los grupos marginales a los que se refieren, de modo que la presencia de los sujetos subalternos en sus cerrados círculos académicos es una forma de paliar la culpa que subyace en su propia crítica. Esta dinámica ha alcanzado en particular a los intelectuales aymaras y quechuas, especialmente a partir de las relaciones académicas que han consolidado instancias como el posgrado en Antropología de FLACSO-Ecuador²⁸ y el doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad Andina Simón Bolívar; éste último fundado y dirigido por Catherine Walsh, quien se autodefine como “intelectual-militante”, e “integrante del proyecto modernidad/(de)colonialidad”.²⁹

²⁸ La Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) es un punto común en la trayectoria de varios intelectuales que se reivindican como aymaras. Por ejemplo, Carlos Mamani Condori, Pablo Mamani y María Eugenia Choque Quispe y otros como Roberto Choque Canqui estudiaron en FLACSO -Bolivia.

²⁹ En su *blog* se presenta así: “Su trabajo ha sido principalmente enfocado en el proyecto político, epistémico, ético y existencial de la interculturalidad crítica y la decolonialidad, tomando como ejes centrales la geopolítica de conocimiento, la ancestralidad y filosofías de vida-existencia, la educación, el derecho, el refundar del Estado, el pensamiento y pedagogía decoloniales, y las luchas en torno a la idea de género y los derechos de la natu-

El grupo de intelectuales aymaras, en específico, ha desarrollado un modelo de validación recíproco entre los círculos poscoloniales de redes internacionales y la construcción de sí mismos bajo una identificación étnica que los avala como los más aventajados para la deconstrucción de la colonialidad en oposición a investigadores que, siendo mestizos o criollos, son más susceptibles de contribuir a la conservación de los esquemas de dominación.³⁰ Así, estos intelectuales se forman bajo el enfoque de los estudios culturales y del giro poscolonial, ganan espacios académicos y políticos,³¹ mientras que al repetir en sus trabajos el aparato conceptual que aprendieron, legitiman el compromiso con la justicia de los académicos que no tienen reivindicaciones étnicas particulares y que producen los nuevos cánones del conocimiento social desde el *mainstream*.

En segundo término, la apropiación de las ideas ajenas se hace mediante discursos autorreferenciados y contrarrefe-

raleza. Su interés particular hoy es con el ‘cómo’ decolonial y las prácticas concretas de un ‘otro modo’”. <http://catherine-walsh.blogspot.mx>

³⁰ Si bien, hacia 2010, Rivera Cusicanqui toma distancia de las posturas de Mignolo “y compañía”, hacia 1987 estaba convencida de que era posible oponer las “ciencias sociales coloniales” a las “ciencias sociales descolonizadoras”. RIVERA CUSICANQUI, Silvia, “El potencial epistemológico y teórico de la historia oral: de la lógica instrumental a la descolonización de la historia”, Taller de Historia Oral Andina-Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, s./f. [1987]. Y si ella matizó su postura, hay quienes todavía la mantienen: por ejemplo, José Luis Saavedra también considera que hay dos tipos de ciencia, una producida por la intelectualidad aymara y otra producida por mestizos y criollos. Cf. SAAVEDRA, José Luis, “La insurgencia de la intelectualidad aymara postcolonial”, *Yachay*, núm. 42, 2005, pp. 55-77, Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, La Paz.

³¹ Al menos desde 2005, muchos intelectuales aymaras participan en proyectos estatales y no gubernamentales, diseñan programas de promoción de la aymaridad, apoyan la formación de liderazgos indígenas, elaboran contenidos para la reconstrucción del *ayllu* y de las autoridades originarias.

renciados; es decir, los autores poscoloniales constantemente se citan a sí mismos y cuando acuden a otras obras, refieren la terminología acuñada por los colegas que participan de su enfoque;³² en cambio, en múltiples ocasiones se ahorran la referencia explícita a los autores y discusiones locales, ya sea por una deliberada rapacidad o por el sincero desconocimiento de las escuelas latinoamericanas.

Por ejemplo, Martin Lienhard, en su condecorado libro *La voz y su huella* tiene por objetivo la “descolonización” de la literatura americana; es decir, dejar de abordarla exclusivamente bajo los cánones occidentales que la descalifican o la ignoran. Sin embargo, resulta incongruente que sus referentes sean en su mayoría trabajos de investigadores europeos y norteamericanos. Más allá de un chovinismo, este detalle es importante, pues hay aspectos de su propuesta descolonizadora que se habían planteado ya, al menos en México, medio siglo antes y que el autor no considera. Y, aunque cabe recordar que el campo de discusión de Lienhard está en la historia literaria y no en la historiografía, es revelador que llegue a afirmar que hasta ese momento (1990) “nadie” se había ocupado de contextualizar socioculturalmente esta producción literaria y que para los antropólogos

³² Un ejemplo sería el libro: CASTRO-GÓMEZ, Santiago, *La hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e Ilustración en Nueva Granada (1750-1816)*, Universidad Javeriana / Instituto Pensar, Bogotá, 2ª ed. 2010, en el que la primera parte reproduce los esquemas de modernidad/colonialidad propuestos por Enrique Dussel, Walter Mignolo e Immanuel Wallerstein. Una generalidad de los trabajos de Mignolo es que su bibliografía cita frecuentemente un mayor número textos suyos que de cualquier otro autor y que reproduzca amplios fragmentos de sus propios textos en estudios diferentes. Por ejemplo, repite, en extenso, la clasificación de bárbaros que hace Bartolomé de las Casas al menos en tres libros: MIGNOLO, *La idea*, 2007, pp. 43-44; MIGNOLO, Walter, *Desobediencia epistémica: retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*, Ediciones del Signo, Buenos Aires, 2010, pp. 62-63 y MIGNOLO, *Historias locales*, 2003, pp. 36-38.

e historiadores esos textos no habían sido “sino *canteras de donde extraer datos* de interés”.³³ Esto no sólo demuestra un desconocimiento de ciertas tradiciones historiográficas del continente sino que es un préstamo no reconocido del “Prólogo” a la *Historia natural y moral de las Indias* de Joseph de Acosta escrito en 1940 por Edmundo O’Gorman en el que planteaba por primera vez la necesidad de trascender la “actitud de considerarlos como –para usar una metáfora expresiva– *minas de donde extraer ciertos datos y noticias*”.³⁴ Pero si acaso la semejanza en la metáfora no fuera suficiente para inferir que Lienhard tomó la idea directamente de O’Gorman, es preciso acudir a la reedición que en 1962 se hizo de la obra de Acosta y para la que O’Gorman entregó un prólogo actualizado. En esta edición, de mucho más fácil acceso que la primera, la misma idea se refuerza y dice a la letra: “la nueva orientación de los estudios históricos condujo a los eruditos a una deformadora sobrestimación de las llamadas ‘fuentes de primera mano’ y no a una menos deformadora manera de considerar los antiguos textos históricos como *meras canteras o depósitos de datos y noticias*”.³⁵ No desecho, por supuesto, la posibilidad de que Lienhard haya llegado a la misma conclusión que O’Gorman; pero no deja de ser escandalosa la falta de reconocimiento a uno de los postulados que condensan el enfoque historiográfico que, desde México, revolucionó la forma en que la antigua tradición positivista se acercaba a las

³³ LIENHARD, *La voz*, 2003, p. 25. El resaltado es mío.

³⁴ O’GORMAN, Edmundo, “La *Historia natural y moral de las Indias* del Padre Joseph de Acosta”, en O’GORMAN, Edmundo, *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI. Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Fray Bartolomé de las Casas y Joseph de Acosta*, Secretaría de Educación Pública, Colección Sepsetentas, 51, México, 1972, pp. 121-181, p. 122. El resaltado es mío DRPG.

³⁵ O’GORMAN, Edmundo, “Prólogo” en ACOSTA, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana, México, 3ª ed. 2006, pp. XVII-LXV, cita en p. XXI. [Reproduce la versión de la 2ª ed. 1962]. El resaltado es mío DRPG.

obras coloniales. Además, Lienhard no es el único de los poscoloniales que repite esta imagen sin citarlo, también lo hace Salvador Velazco ocho años después que Lienhard.³⁶

El caso de este autor, mexicano, que obtuvo su título de doctorado en Lenguas y Literaturas Romances en la Universidad de Michigan es ejemplar porque en su trabajo *Visiones de Anáhuac. Reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*³⁷ son reconocibles tanto la tradición historiográfica de O’Gorman, a quien no menciona, como la profusión de categorías y autores poscoloniales multicitados a lo largo del trabajo. Así, por un lado, Velazco abreva por completo del giro poscolonial, que es particularmente visible en la serie de categorías que maneja: “hibridación de géneros” y “literatura heterogénea”, ambos tomados de Lienhard; la idea de “discursos transculturales”, retomada de Fernando Ortiz y Ángel Rama, va aparejada con la idea de “negociación” entre “la herencia cultural indígena con las nuevas formas culturales dominantes”.³⁸ A ello, Velazco añade los conceptos de “semiosis colonial” de Mignolo,³⁹ el de “locus de enunciación”,⁴⁰ el de “etnicidad emergen-

³⁶ “Más que ver los textos de estos autores como *canteras de donde extraer datos* sobre la historia antigua de Anahuac, he preferido determinar la relación entre el sujeto de la comprensión y su reconstrucción historiográfica”. Salvador Velazco, *Reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*, Conferencia de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, septiembre, 1998. El resaltado es mío DRPG. Puede consultarse en: <http://lasa.international.pitt.edu/LASA98/Velazco.pdf>

³⁷ VELAZCO, *Visiones*, 2003.

³⁸ *Ibidem*, p. 17.

³⁹ *Ibidem*, pp. 18-19.

⁴⁰ El locus de enunciación, según Velazco, es el espacio que “estos autores construyen en la situación colonial, en el que por una parte se conjuga etnicidad y clase social y, por la otra, se negocia la herencia indígena frente a la nueva cultura dominante”. *Ibidem*, p. 18.

te” y el de “escritura desde los estados fronterizos”; todos ellos —a su parecer— opuestos a la idea de “crónica mestiza” lanzada por Ángel María Garibay y sustentada temporalmente por Martin Lienhard.⁴¹ Pero, sobre todo, en el apartado de Ixtlilxóchitl, es perfectamente reconocible la injerencia de la propuesta historiográfica de O’Gorman. Más aún, puedo afirmar que la conclusión que hace sobre el sentido y la finalidad última de la obra del texcocano es la del propio O’Gorman asentada en su texto *Nezahualcōyotl Acolmiztli*.⁴²

Sin embargo, la omisión del crédito a O’Gorman no es lo que me parece más deplorable, sino la siguiente afirmación de Velazco:

En este capítulo ofreceré, fundamentalmente, la manera como Alva Ixtlilxóchitl, intenta hacer la inserción del pasado indígena en el cauce histórico de occidente, aspecto no abordado por la escasa crítica académica que se ha ocupado de sus obras historiográficas.⁴³

Velazco se atreve a decir que hay una escasa crítica académica y lo sustenta haciendo referencia a los trabajos que sobre Ixtlilxóchitl habían hecho autores como Georges Baudot (francés), Martin Lienhard (suizo), Rolena Adorno (estadounidense) y María Vittoria Calvi (italiana); como se puede advertir, no hay autores latinoamericanos en la lista que él presenta. Pero más allá del superficial criterio de las nacionalidades, lo que subyace es el desconocimiento o la abierta negación de los trabajos de Ángel María Garibay, el

⁴¹ Cabe aclarar que Velazco no reconoce que el propio Lienhard, desde 1990 por lo menos, ya no sostenía la idea de crónica mestiza, pues él mismo presenta su crítica en *La voz y su huella*.

⁴² O’GORMAN, Edmundo, “Introducción”, en ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, *Nezahualcōyotl Acolmiztli, 1402-1472*, Selección de textos y prólogo de Edmundo O’Gorman, Gobierno del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura (Biblioteca Enciclopédica del estado de México), Toluca, 1972, p. 11- 21.

⁴³ VELAZCO, *Visiones*, 2003, p. 54.

primero en destacar la trascendencia del mestizaje, no racial, sino como un proceso literario que “denuncia” la mentalidad de Ixtlilxóchitl;⁴⁴ también deja de lado a autores como Eugenio del Hoyo y Manuel Carrera Stampa, quien, por cierto, llama la atención sobre el intento de vincular la historia prehispánica con la historia universal cristiana y a Gloria Grajales; todos ellos trabajaron con la idea de mestizaje a la que añadieron múltiples matices; considerarlos habría sido relevante para evaluar la pertinencia de desechar por completo la noción de mestizaje y sustituirla por cualquier neologismo de los enunciados por Velazco.⁴⁵ El desdén por los trabajos de sus propios colegas académicos mexicanos no sólo se refleja en rehusarles el crédito de las ideas que retoma de ellos, sino que además niega su existencia para poder presentarse entonces como el poseedor de la más deslumbrante novedad académica.

A pesar de todo, no podemos dejar de considerar que el mismo Salvador Velazco, reproduce en sí mismo el dilema que vivieron los cronistas indios y mestizos del siglo XVI, pues al encontrarse en medio de dos tradiciones de conocimiento se ve obligado, primero, a renegar de su tradición local para asumir el enfoque predominante en la Universidad en la que estudia y, segundo, a soslayar lo que en efecto recupera de las discusiones que la historiografía mexicana había desarrollado por décadas.

⁴⁴ GARIBAY KINTANA, Ángel María, *Historia de la literatura náhuatl*, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa, 1, México, 1953-1954, 2 vols.

⁴⁵ HOYO, Eugenio del, “Ensayo historiográfico sobre D. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, Tomo XVI, Núm. 4, Octubre-Diciembre 1957, p. 339-360; GRAJALES, Gloria, *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales. Estudio historiográfico*, Nacional Autónoma de México, Cuadernos del Instituto de Historia, Serie Histórica, n° 4, México, 1961; CARRERA STAMPA, Manuel, “Historiadores indígenas y mestizos novohispanos. Siglos XVI y XVII”, en *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 6, 1971, pp. 205-243, cita en pp. 227-228, Universidad Complutense, Madrid.

Otro vicio que se ha reproducido a partir de la impronta de los estudios poscoloniales atañe a la profusión de neologismos, de los que hemos enlistado sólo algunos, cuya intención es la de proponer innovadoras aproximaciones pero que al multiplicarse provocan la creación de lenguajes cifrados; lo que se suma al estilo rebuscado y presuntuoso que suelen tener varios autores. El resultado final es la generación de textos enigmáticos y básicamente incomprensibles para los no iniciados.

Terry Eagleton, decía a propósito de la obra de Gayatri Spivak, que si existiera un manual secreto para críticos poscoloniales, la segunda regla diría: “Sea tan oscurantista como pueda decentemente serlo”.⁴⁶ Si bien, no considero que todos los autores poscoloniales participen de esta inclinación, parece ser que el afán de precisión teórica que los mueve y la voluntad de desplegar una erudición sofocante interfiere seriamente con la sintaxis y con la coherencia argumentativa. Paradójicamente, los críticos poscoloniales suelen enunciar constantemente la necesidad de superar la brecha que se abre entre su propio discurso y el de los pueblos de los que hablan, pero dicha preocupación no siempre se ve reflejada en su escritura.

Tomemos como ejemplo el texto de Mignolo, al que Cornejo Polar considera esclarecedor, y que lleva por título “La semiosis colonial: la dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas”.⁴⁷ En este texto, Mignolo

⁴⁶ La primera dice: “Comience rechazando toda noción de postcolonialismo”, EAGLETON, Terry, “Gayatri Spivak”, en *Figuras del disenso. Ensayos críticos sobre Fish, Spivak, Žižek y otros autores*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2012, pp. 199-200.

⁴⁷ MIGNOLO, Walter, “La semiosis colonial: la dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas”, en *AdVersus Revista de semiótica*, Año II, núm. 3, Agosto 2005. Centro de Ricerca Semiotica (CRS) del Istituto Italo-Argentino de Ricerca Sociale (IIRS), Buenos Aires. CORNEJO POLAR, *Escribir*, 2003, p. 22, nota 9.

presenta el neologismo: “semiosis colonial” para sustituir el de “discurso colonial” que había sido propuesto por él y por Rolena Adorno a finales de los ochenta. En el artículo intenta explicar la pertinencia de su más reciente propuesta para dar cuenta de un par de mapas coloniales, uno de Guaman Poma de Ayala y otro de la *Relación Chimalhuacán Atoyac*, y su trabajo concluye que: “una hermenéutica pluritópica presupone no sólo el vaciado y la movilidad del centro de la representación sino también la movilidad del centro del acto de representar”.⁴⁸ Y cuando considera que es necesaria una aclaración, añade: “La comprensión de situaciones coloniales en la perspectiva de una hermenéutica pluritópica se encuentra más próxima a los principios de los estudios subalternos (Cohen 1985, Spivak 1985, O’ Hanlon 1988) que al nuevo historicismo (Howard 1986) al que percibo fundado en una hermenéutica monotópica. Es también cercana a la noción de analéctica introducida por Enrique Dussel (1980)”.⁴⁹ Es decir, Mignolo espera que el lector esté imbuido en su horizonte teórico y que conozca el significado, los usos y las implicaciones teóricas de una noción como la “analéctica”. Al leer pasajes de esta naturaleza, no puedo evitar recordar la reflexión de Eagleton: “La teoría postcolonial le da interminables vueltas al respeto por el Otro, pero el Otro más inmediato, el lector, está claramente excluido de esta sensibilidad”.⁵⁰

Las nuevas exigencias que se le han presentado al estudio de las obras coloniales no han provocado aún una ruptura con los modelos anteriores; primero, porque ni la más flamante vanguardia intelectual se salva de abreviar de la tradición que la antecedió, pero también porque la avidez por obtener la primicia ha implicado que las propuestas recién moldeadas desconozcan las tradiciones y programas anterior-

⁴⁸ MIGNOLO, “La semiosis colonial”.

⁴⁹ *Ibidem*, nota 2.

⁵⁰ EAGLETON, “Gayatri Spivak”, 2012, p. 200.

res, de modo que, a pesar de pretender el más radical quiebre, se reciclan las ideas bajo nuevos términos.

Las insuperables dicotomías

Intentaré aquí traer a cuenta algunas de las polarizaciones conceptuales que se encuentran en la base de muchos de los estudios sobre la historiografía colonial, y que, al no tomar en cuenta los matices y los contrastes al interior de cada una de las partes, han provocado enfoques esencialistas. Desde mi punto de vista, dos pares de oposición son los que se han desdoblado en tantas otras dicotomías: el primero de ellos es el que se establece entre cambio-permanencia y que se reproduce en: propio-ajeno, auténtico-impostado; aculturación-resistencia, y tradición-modernidad. El segundo par, es el que opone a dominadores y dominados y que se repite en las distinciones entre conquistadores-conquistados, europeos-indios, invasores-nativos, hegemónico-subalterno, oficial-marginal y oralidad-escritura.

Las nuevas necesidades, de las que he hablado antes, exigen superar la idea de que tanto la tradición indígena como la europea, son perfectamente reconocibles, nítidas, inmutables y a-históricas. Sólo entonces podrá trascenderse el esencialismo que permea la interminable lista de neologismos que sólo han atinado a refrendar la imagen de una mezcla entre dos legados que se juzgan opuestos e irreconciliables. Los enfoques poscoloniales han continuado, de hecho, con esa visión. Cuando Raquel Chang, por ejemplo, se refiere al “indígena bilingüe y bicultural no asimilado del todo a la nueva sociedad”,⁵¹ asume, sin crítica, que existen características inherentes a los indígenas y otras tantas particulares y esencia-

⁵¹ CHANG-RODRÍGUEZ, *La apropiación*, 1988, p. 32.

les a los españoles que permiten distinguir lo que de una y otra cultura adopta y mantiene un indígena “bicultural”.

Las dicotomías cambio-permanencia y dominadores y dominados se refuerzan recíprocamente. Mientras se asocia al dominador europeo con el cambio y la nueva cultura, al dominado indígena se le vincula con la resistencia de una cultura tradicional. Pero el mayor problema estriba en que, delineadas las dos partes, no se distinguen variaciones al interior de cada una y se siguen montando estructuras binarias con nuevos nombres, incluso cuando existe la intención de refutar esa división. Para describir las obras de algunos cronistas coloniales andinos, Raquel Chang-Gutiérrez dice: “Su escritura iconoclasta y mestiza muestra el roce y la escisión entre lo oficial y lo marginal, entre cultura hegemónica y cultura dominada, entre dos mundos geográficamente cercanos pero apartados en realizaciones y vivencias”.⁵² A pesar de que habla de la fundación de una tradición nueva y distinta, en el fondo mantiene el esquema dual de dos mundos ajenos entre sí y contrapone nuevos pares: asocia por un lado, lo oficial, la cultura hegemónica y la escritura a la tradición española; y, por el otro, lo marginal, la cultura dominada, la oralidad y la resistencia a la tradición indígena.

La misma autora reconoce, para el Perú del siglo XVI, una “historia oficial”⁵³ española, sin considerar que precisamente ahí, por las constantes guerras civiles y por las lealtades fugaces de sus protagonistas es difícil reconocer cuál sería la versión oficial de la Conquista. Por otro lado, habla de una “cultura vencida” que sería la de todos los indios del Perú; sin aludir a las diferencias entre la gran mayoría de indígenas y los indígenas nobles que se incorporaron al mundo colonial en condiciones de privilegio, lo que si bien no les eximía de pertenecer al grupo de “los vencidos”, sí les permitió

⁵² *Ibidem*, p. 100-101.

⁵³ *Ibidem*, p. XIII.

inaugurar una nueva forma de ser indio: ladino, cristiano, castellanizado, alfabetizado, etc. Tampoco considera a los indios aliados de los españoles ni las diferentes actitudes que cada grupo tomó durante el proceso de Conquista y, por ende la visión que de ese hecho dejaron asentada en sus respectivas obras. Este tema se ha trabajado desde la historiografía mexicana, y solamente dentro de la tradición nahua se han podido ubicar las versiones chalcas, tenochcas, texcocanas y tlaxcaltecas de la Conquista.⁵⁴ Aunque con menos claridad, diferencias de esta índole pueden ser rastreadas dentro de las crónicas andinas.

Una dicotomía más se presenta en la vinculación de la escritura como característica inherente de la tradición española, mientras que a la indígena se la asocia con la oralidad. Cuando Chang concede que algunos historiadores “biculturales” fueron capaces de “decodificar la cultura impostada” y “usar la escritura como arma de reafirmación y resistencia”,⁵⁵ confirma a la escritura como un atributo artificial de los indios, implicando con ello que un indio deja de serlo (al menos en plenitud) cuando incorpora prácticas que, como la escritura, le son esencialmente ajenas y entonces se convierte en un ser bicultural.

Algo semejante pasa con la idea de “crónica mestiza” que postulan tanto Martin Lienhard como Raquel Chang. Aunque hay diferencias, en ambas propuestas es posible recono-

⁵⁴ PASTRANA FLORES, Miguel, “La historiografía de tradición indígena”, en JARQUÍN ORTEGA, María Teresa y Manuel MIÑO GRIJALVA (dirs.), *Historia general ilustrada del Estado de México*, vol. 2, HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Rosaura y Raymundo César MARTÍNEZ GARCÍA (coords.), *Etnohistoria*, Gobierno del Estado de México / El Colegio Mexiquense, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, México, 2011, pp. 55-85; ROMERO GALVÁN, José Rubén, *Los privilegios perdidos: Hernando Alvarado Tezozómoc, su tiempo, su nobleza y su Crónica mexicana*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Teoría e historia de la historiografía, 1, México, 2003.

⁵⁵ CHANG-RODRÍGUEZ. *La apropiación*, 1988, p. 24.

cer la adjudicación de rasgos específicos a cada tradición: establecen que en la “crónica europea que se ocupa de temas americanos” hay una “distorsión de la cultura aborigen”, o una “perspectiva ajena al pensamiento indígena”.⁵⁶ En oposición a ésta, Lienhard ubica la “‘crónica’ indígena [que], cuando llega a existir, es la transcripción de relatos orales indígenas sin o con escasa intervención del recopilador”.⁵⁷ Chang y Lienhard acusan a la óptica europea de distorsionar los rasgos propios de los discursos indígenas, pero al hacer esa separación se presentan a sí mismos como sujetos efectivamente capaces de reconocer lo verdaderamente indígena dentro de las obras coloniales mestizas.

En esta línea, Lienhard propone buscar “las ‘huellas’ de las voces indígenas o ‘indomestizas’”⁵⁸ en los discursos coloniales escritos. Por su parte José Antonio Mazzotti propone buscar “mediante el aislamiento del subtexto andino”, las “superposiciones discursivas” en la obra de Garcilaso de la Vega, y de este modo encontrar las “marcas verbales que provienen o imitan la tradición oral cusqueña”.⁵⁹ Su propuesta, tan innovadora como parece, no deja de reiterar la idea de un “sincretismo discursivo” del que hay que desenterrar lo que se supone netamente andino.

Antes de continuar, quiero apuntalar que la noción de “crónica mestiza”, tal como la propuso Lienhard en 1981, era mucho más cercana a la tradición historiográfica; pues en ella no definía el carácter mestizo de las obras en función del origen étnico de sus autores ni por el idioma en que estaban

⁵⁶ LIENHARD, Martín, “La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico literario”, en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año 9, núm. 17, 1983, p. 105, Latinoamericana Editores, Lima.

⁵⁷ LIENHARD, *La voz*, 2003, p. 32.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ José Antonio Mazzotti es un crítico literario que se desempeña como profesor en Harvard. MAZZOTTI, *Corns*, 1996, p. 34, nota 9.

escritas, tampoco la asociaba directamente a la oposición entre oralidad y escritura y defendía que las crónicas coloniales no son exactas ni inexactas sino significativas dentro de un proyecto histórico literario, en tanto en ellas “se ensaya una nueva ideología dominante que debería articular de modo satisfactorio las tradiciones prehispánicas con las exigencias del colonialismo”.⁶⁰ En cambio, su más reciente propuesta, las “literaturas alternativas, opone a las prácticas discursivas de los sectores hegemónicos una historia “otra”, la de los indios.⁶¹

En los textos “alternativos”, la yuxtaposición o interpenetración de lenguajes, de formas poéticas y concepciones cosmológicas de ascendencia indiomestiza o europea, remite al traslado contradictorio, realizado en medio de un contexto abierta u ocultamente “colonial”, de los universos orales de ciertos sectores populares o marginados. Los textos alternativos son una de las manifestaciones semióticas de un conflicto que se desarrolla, básicamente, a nivel étnico-social.⁶²

En esta rebuscada definición hay un énfasis en el conflicto, que presenta un cambio relevante en la interpretación porque no sólo se considera a las obras coloniales como un campo de batalla semiótico sino que se plantea el conflicto en niveles étnico-sociales; es decir, al asociar la oralidad a “los sectores populares y marginados” se generalizan estas dos características a todos los indios coloniales que se ven obligados entonces a presentar una resistencia frente a la violenta imposición de las concepciones “indomestizas y europeas”. Según Lienhard fue en este enfrentamiento donde se gestaron los “textos híbridos”, cuya característica sería la “subversión del texto”; como ejemplos incluye las obras de Titu Cusi Yupanqui y de Guaman

⁶⁰ LIENHARD, “La crónica”, 1983, p. 115.

⁶¹ LIENHARD, *La voz*, 2003, p. 21.

⁶² *Ibídem*, pp. 25-26.

Poma de Ayala y considera que la subversión radica en que los autores son “mal asimilados al sector dominante” y, por ende, terminan por fragmentar el texto escrito mediante un “sociolecto quechuizante”.⁶³

Puesto el conflicto entre indios y españoles en el centro de la interpretación, la resistencia ocupa un lugar central dentro del enfoque poscolonial, pues una de las exigencias recientes a la historiografía colonial ha sido la de encontrar las luchas que durante el periodo colonial, sostuvieron los indígenas en contra del invasor. Esto no representa en sí un problema, antes bien se trata de un ejercicio historiográfico al servicio de la vida y de las necesidades actuales; el meollo radica en que la resistencia suele asociarse directa y hasta esencialmente a los cronistas indios y más específicamente a los indios sin mezcla. Por ejemplo, Chang asume que las obras de Titu Cusi Yupanqui (perteneciente al linaje de los Incas rebeldes de Vilcabamaba), de Juan Santa Cruz Pachacuti (natural de los pueblos de Santiago de Hananguaygua y Huringuaguacanchi de Orcusuyu) y de Guaman Poma de Ayala (autoidentificado como yarovilca) tienen como rasgo principal la resistencia y la crítica al orden colonial. Deja fuera de esta clasificación a Garcilaso de la Vega, quien se reconoció como indio y mestizo a la vez, y que escribió con la exquisitez de uno de los máximos representantes del siglo de oro español. La exclusión de Garcilaso como cronista indio, a pesar de su autorreconocimiento como tal, se repite en otros autores que lo descalifican por no ser tan contestatario como los otros tres escritores mencionados y por su raigambre mezclada. Pero si esos argumentos son insuficientes para el descrédito que se ha hecho de él, raya en lo absurdo que sea su elegante prosa la que le gana el desmereci-

⁶³ *Ibíd.*, p. 194. También define a la obra de Guaman Poma de Ayala como un texto híbrido que intenta articular dos sistemas de expresión normalmente incompatibles. *Ibíd.*, p. 206.

miento de su rebeldía. Cuando Lienhard reconoce en Guaman una subversión del texto por el uso que hace del lenguaje, soslaya la crítica que Garcilaso hace al régimen colonial, porque no aparece con la misma vehemencia que en Guaman y, más bien, está tejida como un reclamo general, en la constante comparación del buen gobierno incaico con el orden colonial. El problema se afinsa entonces en que el criterio clasificatorio que priva está fundado en la evaluación de la capacidad e intensidad de los autores de cuestionar al orden social vigente.

En síntesis, la dicotomía entre dominados y dominadores ha tenido como consecuencia una concepción esencialista sobre los indios, en la que no se da cuenta de su historicidad (de cómo el ser indio tuvo que transformarse sin por ello dejar de serlo) ni de las diferentes tradiciones indígenas a las que pertenecen los autores. De este modo, se reitera el esquema de pares contradictorios, antagónicos e inamovibles, que estructuran la explicación ideológicamente pero que no alcanzan a dar cuenta del proceso, en sí. El extremo de la polaridad esencialista puede vislumbrarse en la siguiente declaración del intelectual aymara Estaban Ticona: “En resumen, la represión cultural junto con el genocidio masivo llevó a que las civilizaciones andinas y mesoamericanas fueran convertidas en ‘subculturas iletradas’ y condenadas a la oralidad”.⁶⁴ No niego la efectividad ideológica de esta aseveración, muy útil para la denuncia, pero no para la explicación histórica.

Finalmente quiero abordar una dicotomía, producto de una discusión de orden tipológico. La voluntad de clasificar

⁶⁴ TICONA, Esteban, “Las disputas por la representación. La experiencia de algunas sociedades modernas y/o coloniales”, p. 89, en TICONA, Esteban, *Saberes, conocimientos y prácticas anticoloniales del pueblo aymara-quechua en Bolivia*, Plural Editores / Centro Universitario AGRUCO de la Facultad de Ciencias Agrícolas, Pecuarias Forestales y Veterinarias de la Universidad Mayor de San Simón (Cochabamba), La Paz, 2010, pp. 83- 89.

las obras producidas entre los siglos XVI al XIX se tradujo en intentos por demarcar la jurisdicción de la historia y la de la literatura; discusión vana que terminó por repartir entre ellas el botín de obras coloniales y decimonónicas.

A inicios de los años ochenta, Mignolo escribió un par de trabajos: “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana”⁶⁵ y “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”⁶⁶ en los que contribuyó a esta discusión planteando dos principios básicos. El primero es que “de acuerdo a la epistemología del momento en que se escriben, los textos de la historiografía indiana, se inscriben explícitamente en la formación discursiva historiográfica. Desde este punto de vista es impropio tomarlos como ‘crónicas’ y como género literario”.⁶⁷ El segundo principio es que se puede hablar de “familia textual” que constituye una unidad en tanto las obras que la componen comparten un “marco ‘cronológico-ideológico’ y un referente” (el tema del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo).⁶⁸ Para llegar a estas conclusiones Mignolo hace gala de un raudal de conceptos y términos como “texto”, “textos mixtos”,⁶⁹ metatexto,⁷⁰ “formación textual”,⁷¹ y “tipos discursivos”,⁷² entre

⁶⁵ MIGNOLO, Walter, “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana”, en *Modern Language Notes*, núm. 96, vol. 2, Hispanic Issue, Mar. 1981, pp. 358-402, John Hopkins University Press.

⁶⁶ MIGNOLO, Walter, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en ÍÑIGO-MADRIGAL, Luis (ed.), *Historia de la literatura hispanoamericana*. vol. 1, *Época colonial*, Cátedra, Madrid, 1992, pp. 57-116.

⁶⁷ MIGNOLO, “El metatexto”, 1981, p. 363.

⁶⁸ MIGNOLO, “Cartas”, 1992, p. 58.

⁶⁹ Los “textos mixtos” son aquellos que se construyen en el margen entre la historia y la literatura. MIGNOLO, “El metatexto”, 1981, p. 359, nota 2.

⁷⁰ La idea del “metatexto”, abrevia de dos categorías propuestas por Michel Foucault: el de las “formaciones discursivas” y el de la “disciplina”. El metatexto permite al autor definir los rasgos y propiedades que su obra debe tener para pertenecer a una determinada clase de textos; a su vez, el metatexto estaría determinado por la “disciplina”, que “fija los

otros. El efecto directo de esta práctica fue que no destrabó el problema inicial entre historia y literatura, puesto que muchos de los textos coloniales no se apegan exclusivamente a un modelo o canon; y abrió un nuevo problema: el generar una tipología más acuciosa.

Mignolo propone entonces una clasificación que distingue tres tipos de textos: las “cartas culturales”,⁷³ las relaciones⁷⁴ y la crónica.⁷⁵ Todos son modelos existentes al momento de confección de estas obras y por ello son pertinentes para tratar de ordenar el disímil *corpus* de obras coloniales. Sin embargo, al conceder todo el peso analítico a la capacidad de conocer y saber reconocer los modelos o “tipos discursivos” propios de la época y la cultura en que se escribió cada obra, Mignolo termina por acotar las posibilidades hermenéuticas de los lectores y reduce su responsabilidad a saber “cómo se clasifican los textos y *no re-clasificarlos*”.⁷⁶

Ante una propuesta que somete el margen de interpretación del lector me parece pertinente traer a cuenta algunas consideraciones hechas desde el enfoque historiográfico vitalista que se ha desarrollado en México y del cual yo misma abrego. Primero, juzgo prudente reflexionar si los cánones, determinados por lo que Mignolo llama el “metatexto”,

límites y asegura la identidad de una familia de enunciados mediante la formulación y la permanente utilización de las reglas”. *Ibidem*, p. 361

⁷¹ La formación textual delimita “el carácter ‘literario’ o ‘no literario’ de los escritos”. MIGNOLO, “Cartas”, 1992, p. 57.

⁷² Los “tipos discursivos” corresponderían a un nivel de clasificación “interno” que distingue entre las cartas, las relaciones y las crónicas. *Ibidem*.

⁷³ Llama “cartas culturales” a aquellas que “tienden más hacia lo documental que hacia lo textual” y que son la mayoría de las misivas intercambiadas por los conquistadores. *Ibidem*, p. 69.

⁷⁴ Incluye ahí únicamente a las Relaciones geográficas. *Ibidem*, p. 69.

⁷⁵ Mignolo concluye que “los ‘cronistas indios’ no escribieron en realidad ‘crónicas’” y que más bien el término se empleaba como sinónimo de historia. *Ibidem* p. 59.

⁷⁶ MIGNOLO, “El metatexto”, 1981, p. 363.

estaban lo suficientemente delineados para el siglo XVI, una época caracterizada por la convulsión, en la que necesariamente se transgredieron las certezas y los modelos conocidos, para así intentar dar cuenta de lo extraño y de lo improbable que presentaba el Nuevo Mundo. En una época de nuevas configuraciones la distinción entre un modelo historiográfico y otro no resulta tan clara.

Ahora bien, si es indiscutible que una obra está anclada al proceso ideológico al que históricamente pertenece, y por ello responde a los cánones vigentes, eso no debe impedir, creo yo, la actualización de la obra para que el lector, imbuido en circunstancias específicas, pueda considerarla desde un punto de vista adecuado. Es indispensable que el lector la ubique en el contexto en que fue producida pero también que pueda reconocer en ella lo que de fundamental tiene para su propia vida. De lo contrario, se omite la relación intrínseca entre la obra, el autor y el lector. Es preciso entonces considerar que cada obra es en sí misma un hecho histórico; “que un libro, un texto, una fuente, vienen a ser la respuesta de una voluntad, la que a su vez descansa en una serie indefinida de supuestos. [...] Estos supuestos forman un complejo histórico inagotable, como es inagotable la realidad misma”.⁷⁷ En ese sentido, la visión que un hombre se forja de su pasado no se ciñe exclusivamente a los “tipos discursivos” vigentes, entre otras cosas porque casi siempre las necesidades de su presente rebasan los alcances explicativos de los modelos existentes.

Finalmente, si Mignolo hace alusión a la importancia de un criterio ideológico, me parece que lo reduce a un aspecto de orden temático, y así obvia la importancia de preguntar por los sistemas lógico-filosóficos en los que se apoya cada autor. Desde la perspectiva historiográfica, se han rastreado las influencias que el erasmismo, el tomismo, el aristotelis-

⁷⁷ O’GORMAN, *Cuatro historiadores*, 1972, p. 122.

mo, el providencialismo, el milenarismo y demás pilares conceptuales que constituyen los fundamentos de las obras coloniales, con la intención de comprender los ejes que articulan la conciencia histórica de un autor y no para agrupar las obras bajo categorías preestablecidas. Se intenta, en cambio, explicar la relación que el autor establece con su pasado, advertir el sentido específico que le confiere y sólo así situar a la obra en una “adecuada perspectiva histórica”, que será adecuada siempre que esté en relación con uno mismo.

Mignolo se debate en la frontera entre lo literario y lo histórico; su clasificación de tres categorías no alcanza a dar cuenta de las disímiles y atípicas obras que se presentan dentro de lo que él llama “familia textual”. Por ello, no comparto la voluntad de reducir la complejidad y generar tipologías;⁷⁸ hago entonces un voto por la comprensión de la especificidad de cada una de las obras y por contar la historia de cada una de ellas. Y aunque asumo que es indispensable concebir generalizaciones y proponer categorías operativas, útiles como herramientas analíticas, sugiero considerar criterios que rebasen el temático y el cronológico.⁷⁹

Un triple llamado

La última década del siglo XX presentó nuevos desafíos; el protagonismo de los pueblos indígenas como uno de los

⁷⁸ Mignolo distingue entre las “tipologías textuales”: la “tipología discursiva” que aplica a situaciones comunicativas “naturales” o “cara a cara” y la “tipología textual” que se aplica para situaciones comunicativas “institucionales”. MIGNOLO, “El metatexto”, 1981, p. 361.

⁷⁹ Otras propuestas tipológicas han considerado criterios como el de la función que cumplían dentro del orden colonial. Lienhard distingue así a) obras destinadas a la comunicación con los españoles; b) probanzas o informaciones cuya intención sea la reivindicación de derechos; c) el rescate de la tradición oral indígena, hecha por no-indígenas; d) el rescate indígena de la tradición oral; y, e) Las literaturas epistolares indígenas (cartas, memoriales y cartas-crónicas). LIENHARD, *La voz*, 1983, pp. 71-89.

sujetos de cambio presentó la necesidad urgente de repensar el colonialismo y las lógicas de dominación que, con múltiples adaptaciones, siguen oprimiendo a las poblaciones indígenas a lo largo del continente. La convocatoria presentó una gran complejidad a nivel continental y al ser epistemológica exigió una nueva forma de pensar el periodo colonial; para ello había que cruzar las fronteras tradicionales y reflexionar desde marcos más amplios.

La academia, en general, respondió a las nuevas demandas y las propuestas generadas resultaron valiosas en tanto asumieron el compromiso de contribuir a la lucha por la justicia y a los procesos de liberación indígenas. En tiempos de crisis es indispensable dar la cara a los problemas y no es un asunto de acertar o no; eso hicieron los estudios poscoloniales, a diferencia de academias más endogámicas y aisladas como lo es buena parte la de los colonialistas mexicanos,⁸⁰ ellos enfrentaron el reto que se les planteó, y han marcado el rumbo de una interpretación que se ha reproducido porque se asume pertinente para el contexto que vivimos. Cabe señalar que la discrepancia entre la tradición historiográfica mexicana y el enfoque poscolonial no siempre existió; el cambio de rumbo se dio con claridad en la década de los noventa, pues en la década anterior autores como Mignolo y Lienhard eran próximos al análisis historiográfico y particularmente a la tradición historicista vitalista de O’Gorman. Sin embargo, después de dos décadas y media es posible distinguir en las que fueron novedosas propuestas una serie de prácticas y supuestos que no terminan de romper con los viejos paradigmas, que reproducen los vicios que pretenden superar y que de manera a veces inconsciente, generan otro tipo de barreras.

⁸⁰ Por colonialistas me refiero a los especialistas en la época colonial, pero valga como metáfora de su oposición, al menos por omisión, al giro decolonial.

La multiplicación de términos y conceptos que muchas veces no difieren radicalmente de aquellos que les anteceden no sólo presenta un problema de orden metodológico o de estilo; repercute directamente en las dinámicas académicas pues termina por hacer imposible el diálogo y favorece los círculos cerrados y endogámicos de producción de sentido o, peor aún, ensalza el orgulloso desconocimiento de las propuestas ajenas, tanto recientes como las de larga tradición, para así poder adjudicarse la prerrogativa de la novedad intelectual, un vicio de la academia contemporánea.

El esencialismo que se encuentra en la base de las dicotomías analizadas tiene filios que deben atenderse para que no se conviertan en el arma que deslegitime las reivindicaciones más urgentes. Cuando Esteban Ticona, intelectual aymara, en franco desacuerdo con las recomendaciones de quienes él llama “nuestros intelectuales anti-neoliberales” afirma que el “esencialismo”, no es otra cosa que la convicción de oponerse abiertamente al colonialismo” y, que de no ser así, “no existirían los actuales pueblos en resistencia”,⁸¹ atestiguamos la radicalización de concepciones que ratifican la rebeldía y la subversión como características esenciales a los indios, a los del siglo XVI y a los del XXI por igual. Es decir, la preferencia historiográfica y crítica que concibe mucho más interesante la historia de los disidentes, transgresores y rebeldes que la de los indios que pagaban puntualmente

⁸¹ “Finalmente, nuestros intelectuales anti-neoliberales nos advierten no dejarse arrastrar por posiciones esencialistas y preguntamos ¿qué es el esencialismo? ¿Quiénes son los esencialistas? La experiencia histórica nos muestra que los movimientos sociales anticoloniales, siempre asumieron en muchos momentos formas de ‘esencialismo’, que no es otra cosa que la convicción de oponerse abiertamente al colonialismo. Si no hubiera sucedido así, no existirían los actuales pueblos en resistencia”. TICONA, Esteban, “Estrategias y lógicas diferenciadas en la ‘Guerra del gas’ en Bolivia en 2003. Los hipermaxis y los *qhatas* a la luz de las teorías descolonizadoras”, en TICONA, *Saberes*, 2010, p. 108.

sus tributos, que eran buenos cristianos y que colaboraban con los europeos se ha traducido, para el discurso político, en una definición esencialista y cerrada que hoy en día niega la condición de indio a todo aquel que no resiste abiertamente los embates del neoliberalismo.

Por ello, este intento es un triple llamado: 1) a superar la voluntad clasificatoria y dejar detrás las falsas dicotomías; 2) a evitar los esencialismos y 3) a hacer una lectura de las obras coloniales para responder a las exigencias propias de la época que vivimos. Nos urge preguntar cómo se formaron, cómo operaron y cómo se han modificado desde entonces la explotación, el despojo, la represión y el desprecio.⁸² Estos cuatro ejes se inauguraron en la época colonial, pero son problemas que nos atañen, que nos acosan y que deben perfilar lo que hemos de preguntar a la historiografía colonial. Preguntemos entonces por la diversidad en las formas de resistencia, no para idealizar las epopeyas armadas y frontales, ni para reproducir los añejos debates que no superan la dualidad entre cambio y permanencia; preguntemos por la complejidad de estrategias que se desarrollan en los intersticios de la polaridad entre indios y españoles, entre dominados y dominadores. Asumamos que los autores que estudiamos escapaban al prurito de la historia profesionalizada, que en sus obras nos dejan rastros de las crisis y dilemas que enfrentaban y no un despliegue de erudición vanidosa; preguntemos por una comprensión humana de ellos que no veían antítesis insalvables entre la escritura y oralidad y, en muchos casos, ni siquiera entre indios y españoles.

Asumamos la responsabilidad que tenemos con nuestros tiempos y con el futuro; volvamos la mirada no sólo a

⁸² Tomo prestadas las “cuatro ruedas del capitalismo” expuestas en: EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL. SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS, “Ellos y Nosotros. V. La Sexta”, Ejército Zapatista de Liberación Nacional, Chiapas, México, Planeta Tierra, enero del 2013. En línea: <http://praxiseriacentralatina.org/5-14/ellosynosotrosv.html>

la producción intelectual en *boga*, recuperemos las discusiones pasadas y trascendamos el provincianismo de las academias locales, porque solamente en el diálogo humanista se podrán trazar los puntos de encuentro suficientes para entablar un diálogo entre corrientes académicas disímiles. Me resta entonces asumir una postura ante el nuevo panorama; propongo distinguir las prioridades, admitir y hacer conscientes nuestros intereses, recuperar las herramientas teóricas y metodológicas que más convengan a nuestros propósitos y lidiar con las crisis que nos atañen, pues como decía O’Gorman “acertar o no acertar es secundario. Lo que importa es expresarse con valor; darle siempre la cara a los verdaderos problemas, que siempre son los propios, los íntimos”.⁸³

Bibliografía

AHUMADA INFANTE, Aldo, “Transmodernidad: dos proyectos disímiles bajo un mismo concepto”, *Polis. Revista Latinoamericana*, núm. 34, Universidad de los Lagos, Centro de Estudios del Desarrollo Regional y Políticas Públicas – CEDER, Osorno, Chile, 2013. En línea: <http://polis.revues.org/8882>

CARRERA STAMPA, Manuel, “Historiadores indígenas y mestizos novohispanos. Siglos XVI y XVII”, en *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 6, Universidad Complutense, Madrid, 1971, pp. 205-243.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago, *La hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e Ilustración en Nueva Granada (1750-1816)*, Universidad Javeriana / Instituto Pensar, Bogotá, 2ª ed., 2010.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago y Ramón GROSGOUEL (comps.), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capita-*

⁸³ O’GORMAN, Edmundo, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2ª ed. 2006, p. XII.

lismo global, Siglo del Hombre Editores / Universidad Central-Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos / Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar, Bogotá, 2007.

CHANG-RODRÍGUEZ, Raquel, *La apropiación del signo. Tres cronistas indígenas del Perú*, Arizona State University, Center for Latin American Studies, Tempe, 1988.

CORNEJO POLAR, Antonio, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*, Prólogo de Mabel Moraña, Bibliografía de Jesús Díaz Caballero, *Obras Completas de Antonio Cornejo Polar*, vol. III, Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar”, Latinoamericana Editores, Lima, 2ª ed., 2003.

EAGLETON, Terry, “Gayatri Spivak”, en *Figuras del disenso. Ensayos críticos sobre Fish, Spivak, Žižek y otros autores*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2012.

EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL. SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS, “Ellos y Nosotros. V. La Sexta”, Ejército Zapatista de Liberación Nacional, Chiapas, México, Planeta Tierra, enero del 2013. En línea: <http://praxisenamericalatina.org/5-14/ellosynosotrosv.html>

GARCÍA CANCLINI, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Random House Mondadori, Debolsillo, México, 2009.

GARIBAY KINTANA, Ángel María, *Historia de la literatura náhuatl*, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa, 1, México, 1953-1954, 2 vols. [Otra edición: GARIBAY K., Ángel María. *Historia de la literatura náhuatl*, Prólogo de Miguel León-Portilla, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, 626, México, 1992].

GAYOL, Víctor, “Nepantla dos mundos”, *Takwá*, núm 8, otoño 2005, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, División de Estudios Históricos y Humanos, pp. 181-187.

GRAJALES, Gloria, *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales. Estudio historiográfico*, Universidad Nacional Autónoma de México, Cuadernos del Instituto de Historia, Serie Histórica, núm. 4, México, 1961.

GROSFUGUEL, Ramón, “Hacia un pluri-versalismo transmoderno decolonial”, *Tabula Rasa*, núm. 9, julio-diciembre 2008, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, Bogotá.

HERLINGHAUS, Hermann, *Modernidad heterogénea. Descentramientos hermenéuticos desde la comunicación en América Latina*, Ediciones del CIPOST, Centro de Investigaciones Post Doctorales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2000.

HOYO, Eugenio del, “Ensayo historiográfico sobre D. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo XVI, núm. 4, octubre-diciembre 1957, p. 339-360.

LEÓN-PORTILLA, Miguel (compilación, introducción y notas), *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, versión de textos nahuas de Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla, Ilustraciones de Alberto Beltrán, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario, 81, México, 18ª ed., 2000 [1ª ed. 1959].

LIENHARD, Martin, “La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico literario”, en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año 9, núm. 17, Latinoamericana Editores, Lima, 1983, pp. 105-115.

_____, *La voz y su huella. Estructura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)*, Ediciones Casa Juan Pablos / Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, México, 4ª ed., 2003 [1ª ed., La Habana, Casa de las Américas, 1990].

MATUTE, Álvaro (comp.), *El historicismo en México. Historia y antología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2002.

MAZZOTTI, José Antonio, *Coros indios y mestizos del Inca Garcilaso. Resonancias andinas*, Fondo de Cultura Económica / Bolsa de Valores de Lima / Otorongo Producciones, Lima, 1996.

MIGNOLO, Walter, “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana”, en *Modern Language Notes*, núm. 96, vol. 2, Hispanic Issue, John Hopkins University Press, Mar. 1981, pp. 358-402.

_____, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en ÍÑIGO-MADRIGAL, Luis (ed.), *Historia de la literatura hispanoamericana*. vol. 1, *Época colonial*, Cátedra, Madrid, 1992, pp. 57-116.

_____, *Local Histories / Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinkin*, Princeton University Press, Princeton Studies in Culture/Power/History, 2000 [Ed. en castellano: MIGNOLO, Walter, *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Traducción de Juanmari Madariaga y Cristina Vega Solís, Ediciones Akal, Madrid, 2003].

_____, “El potencial epistemológico de la historia oral: algunas contribuciones de Silvia Rivera Cusicanqui”, en MATO, Daniel (coord.), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2002, pp. 201-212.

_____, “La semiosis colonial: la dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas”, en *AdVersus Revista de semiótica*, año II, núm. 3, Centro de Ricerca Semiotica (CRS) del Istituto Italo-argentino de Ricerca Sociale (IIRS), Buenos Aires, agosto 2005.

_____, *The idea of Latin America*, Blackwell Publishing, 2005 [Ed. en castellano: MIGNOLO, Walter, *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Traducción de Silvia Jawerbaum y Julieta Barba, Gedisa, Barcelona, 2007].

_____, *Desobediencia epistémica: retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*, Ediciones del Signo, Buenos Aires, 2010.

MORAÑA, Mabel, “Escribir en el aire: ‘heterogeneidad’ y estudios culturales”, en *Revista Iberoamericana*, vol. LXI, núms. 170-171, University of Pittsburgh, January–June 1995, pp. 279-286.

O'GORMAN, Edmundo, "La Historia natural y moral de la Indias del Padre Joseph de Acosta", en O'GORMAN, Edmundo, *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI. Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Fray Bartolomé de las Casas y Joseph de Acosta*, Secretaría de Educación Pública, Colección Sepsetentas, 51, México, 1972, pp. 121-181 [Reproduce la versión hecha para la edición de 1940 de Joseph de ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, Fondo de Cultura Económica].

_____, "Introducción", en ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, *Nezahualcōyotl Acolmiztli, 1402-1472*, Selección de textos y prólogo de Edmundo O'Gorman, Gobierno del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura (Biblioteca Enciclopédica del estado de México), Toluca, 1972, p. 11- 21.

_____, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2ª ed. 2006 [1ª ed. 1947].

_____, "Prólogo", en ACOSTA, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana, México, 3ª ed. 2006, pp. XVII-LXV, cita en p. XXI. [Reproduce la versión de la 2ª ed. de 1962, primera en la Biblioteca Americana].

_____, "Consideraciones sobre la verdad en historia", en O'GORMAN, Edmundo, *Ensayos de filosofía de la Historia*, Selección y presentación de Álvaro Matute, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2007 [1ª ed., revista *Filosofía y Letras*, UNAM, 1945].

ORTIZ, Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Prólogo y cronología de Julio Le Riverend, Biblioteca Ayacucho, 42, Caracas, 1978.

PASTRANA FLORES, Miguel, "La historiografía de tradición indígena", en JARQUÍN ORTEGA, María Teresa y Manuel MIÑO GRIJALVA (dirs.), *Historia general ilustrada del Estado de México*, vol. 2, HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Rosaura y Raymundo César MARTÍNEZ GARCÍA (coords.), *Etnohistoria*, Gobierno del Estado de México / El Colegio Mexiquense, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, México, 2011, pp. 55-85.

RAMA, Ángel, *Transculturación narrativa en América Latina*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1982.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechua de Bolivia, 1900-1980*, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, Ginebra, 2ª ed. 1986. [1ª ed. Hisbol-Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia CSUTCB, Serie Movimientos Sociales, 2, La Paz, 1984].

_____, “El potencial epistemológico y teórico de la historia oral: de la lógica instrumental a la descolonización de la historia”, Taller de Historia Oral Andina-Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, s./f. [1987]. También: “El potencial epistemológico y teórico de la historia oral: de la lógica instrumental a la descolonización de la historia”, *Temas Sociales. Revista de Sociología*, núm. 11, Universidad Mayor de San Andrés-Facultad de Ciencias Sociales-Instituto de Investigaciones Sociológicas “Mauricio Lefebvre” IDIS, La Paz, 1991, p. 49-64. Hay otras ediciones.

_____, *Ch'hixinakax utxima. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*, Tinta Limón / Retazos, Buenos Aires, 2010.

ROMERO GALVÁN, José Rubén, *Los privilegios perdidos. Hernando Alvarado Tezozómoc, su tiempo, su nobleza y su Crónica mexicana*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Teoría e historia de la historiografía, 1, México, 2003.

SAAVEDRA, José Luis, “La insurgencia de la intelectualidad aymara postcolonial”, *Yachay*, núm. 42, Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, La Paz, 2005, pp. 55-77.

TICONA, Esteban, *Saberes, conocimientos y prácticas anticoloniales del pueblo aymara-quechua en Bolivia*, Plural Editores / Centro Universitario AGRUCO de la Facultad de Ciencias Agrícolas, Pecuarias Forestales y Veterinarias de la Universidad Mayor de San Simón (Cochabamba), La Paz, 2010.

VELAZCO, Salvador, *Visiones de Anáhuac. Reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2003.

_____, *Reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*. Documento para ser leído en la Conferencia de la Asociación de Estudios Latinoamericanos a celebrarse del 24 al 26 de septiembre de 1998, puede consultarse en: <http://lasa.international.pitt.edu/LASA98/Velazco.pdf>

WATCHEL, Nathan, *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la Conquista española (1530-1570)*, traducción de Antonio Escobedo, Alianza Editorial, Madrid, 1976.

ZAVALETA MERCADO, René, *El poder dual. Problemas de la teoría del estado en América Latina*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1974.